

tado los romanos con otros enemigos rompieron las primeras filas llegando hasta el centro, donde empezaba á menguar el ímpetu, ya por efecto de la corrida, ya por las muchas bajas que las picas romanas les causaban en los flancos de su cuña. Las legiones dejaron pasar por entre los claros que las separaban la primera línea de los suyos arrojada de su posición, y cuando las masas del enemigo habian llegado tras ella al centro bastante cansadas les hicieron frente y las detuvieron. Este era siempre el momento mas crítico para los germanos, que perdian generalmente la acción si los romanos tenían tropas frescas á mano para atacarlos con vigor por delante y los flancos, y una reserva para rodear al enemigo y acometerle por la espalda. En esta ocasión un traidor se ofreció á conducir las tropas de reserva destinadas al efecto detrás del enemigo, y descubrió el sitio por donde la caballería romana podía pasar el pantano, diciendo que los gubernos encargados de defender este punto estaban enteramente distraídos. Cuando las legiones supieron por la gran algarabía de la caballería que ya está habia llegado á retaguardia del enemigo, atacaron con toda su fuerza de frente, y los germanos rodeados y confusos huyeron como pudieron hácia el Rhin. Si en aquel momento hubiese podido estar allí la escuadra, los romanos habrían destruido á sus enemigos completamente, porque les habria cerrado el camino del río; mas no fué esta falta lo peor del día; un súbito y terrible aguacero unido á la oscuridad de la noche que se aproximaba, impidió á la caballería perseguir á los fugitivos.

El día siguiente envió Cerial la legión décimacuarta en auxilio de Galo Amiso que estaba en la Germania Alta, quedándose en cambio con la décima que le acababa de llegar de España. Civilis por su parte recibió refuerzos de los caucos; pero no considerándose con bastantes tropas para sostenerse en la capital de los bátavos, Noviomagus ó Batavodurum, hoy Nimega ó Dursted, mandó sacar todo lo que podía ser trasportado, incendió las casas y se dirigió con los habitantes á la isla bátava, sabiendo que los romanos carecían de embarcaciones para formar un puente de barcas. De aquí se infiere que la nueva escuadra del Rhin debía de ser poco numerosa; y sin disponer de este medio de retirada no era de temer que un ejército romano pasara el río. Para hacer el paso mas difícil todavía, Civilis hizo cortar el dique construido por Druso el mayor, con lo cual el Rhin inundó todas aquellas vastas llanuras, mientras por el otro lado disminuía el caudal en el brazo derecho hasta formar solo una angosta faja de agua; resultando así la doble ventaja de que los romanos no podían pasar á la isla, mientras desde esta la comunicación era muy fácil con la orilla derecha ó sea la germánica en caso de tener que huir la población.

Tutor, Clásico y 113 notables de Tréveris pasaron entretanto al otro lado del Rhin y trataron de recabar con regalos y patéticas exhortaciones nuevos contingentes de los pueblos bárbaros, siempre dispuestos á la lucha.

Pero la guerra estaba tan lejos de concluir en la orilla izquierda del brazo del Rhin, que Civilis, que sometida la Galia habia quedado siendo el jefe único de la revolución, atacó en un mismo día por cuatro puntos distintos á la vez el campamento de las cohortes, caballería y legiones; á la décima legión en Arenacum, á la segunda en Batavodurum, á las cohortes y á la caballería en Grinnes y Vada. Trataba de sorprender así á Cerial, pensando que aturdido por los muchos partes y clamores de auxilio que recibiría, correría rápidamente de una parte á otra, y podría ser vencido, si no en todas partes, en alguno de los cuatro puntos, con lo cual se enardecería el entusiasmo de los bátavos y de los pueblos germánicos amigos. Dividió pues sus tropas en cuatro cuerpos cuyo mando confió respectivamente á su sobrino Verax,

hijo de su hermana, á Clásico y á Tutor, quedándose él también con uno.

La división enviada contra el campamento de la legión décima encontró demasiado ardua su misión, pero pudo sorprender á un destacamento que habia salido para hacer leña, matando al comandante del campamento, cinco centuriones de primera clase y algunos soldados; los demás resistieron fortificándose á toda prisa.

El cuerpo destinado al ataque de Batavodurum trató de destruir el puente que la tropa estaba construyendo, pero sobrevino la noche y la acción quedó indecisa.

En Grinnes, donde dirigía el ataque Clásico, y en Vada, donde mandaba Civilis, faltó muy poco para que estos dos jefes quedasen victoriosos; sus tropas dieron un asalto tan furioso, que cayeron los defensores mas valientes, entre ellos Brigantico, sobrino de Civilis y general de la caballería romana; y mal habria ido á los romanos si no hubiese acudido Cerial con un cuerpo de caballería escogida, que logró derrotar á los agresores y arrojarlos al Rhin. Civilis al hacer esfuerzos para detener á sus soldados fugitivos, fué conocido por los romanos que dirigieron sus proyectiles contra él. Para librarse no tuvo mas remedio que saltar del caballo y arrojarlo también al río, á cuya orilla opuesta pudo llegar sano y salvo. Del mismo modo se salvó Verax, y Tutor y Clásico se escaparon en una lancha. Habia dispuesto el general romano que estuviera allí la escuadrilla del Rhin, pero no compareció y su ausencia salvó también esta vez á los fugitivos. El temor y dificultades imprevistas que tuvieron los remeros habian detenido los buques. En el fondo tenia la culpa el mismo Cerial, que daba sus órdenes, como tomaba sus resoluciones, con demasiada precipitación, y no dejaba tiempo para la ejecución. Su buena estrella enmendaba muchos de sus yerros, pero tanta fortuna engendró en su ejército, lo mismo que en él, una negligencia que pudo algún día ser la ruina de todos. En efecto, pocos días después sufrió un descalabro muy serio, y solo su buena estrella le salvó de caer prisionero.

Habia ido á Neuss y Bonn para inspeccionar los campamentos fortificados de invierno que allí construían sus legionarios, y determinó regresar por el río al día siguiente, pero sin tomar las precauciones de costumbre, de tener la escuadrilla reunida y asegurarse de si se daban á bordo las guardias y si se ejercía igual vigilancia en el campamento. Los germanos, que lo sabían, resolvieron darle una sorpresa antes que partiera al día siguiente, y cuando la noche estaba adelantada y casualmente el cielo cubierto de espesas nubes, bajaron por la corriente y penetraron primero en el campamento donde todos dormían. Cortaron sigilosamente las cuerdas de las tiendas que al caer aturdieron á los que dormían debajo. Los romanos espantados, heridos, consternados, trataron de levantarse, y cogiendo cualquiera arma corrian por las calles del campamento, llevando, á falta de escudo, el brazo izquierdo envuelto en su manta y solo la daga en la mano derecha. El general, medio dormido y desnudo, escapó también de esta manera sin ser conocido, ni buscado, porque los bárbaros le creían dormido á bordo de la galera almirante. Allí en efecto debería haberse encontrado; pero cabalmente aquella noche prefirió pasarla en el campamento, en compañía de Claudia Sacrata, mujer de un ubio, según divulgaron después los soldados que para excusar su descuido decían haber recibido orden expresa de su jefe de no hacer ningun ruido ni dar las acostumbradas voces de alerta para no molestar su sueño; por cuya razón, no oyendo nada, les habia vencido también el sueño á ellos.

Mientras una partida de germanos sorprendía así el campamento, otra hacia lo mismo con los buques amarrados en

la orilla del río. Clavaron en ellos ganchos y con una cuerda los tiraban con su tripulación dentro y río arriba, donde mataron á esta última. Hecha la doble sorpresa, resonaron toda la noche los terribles alaridos guerreros de los germanos. La matanza fué horrible, y solo al tercer día se marcharon los vencedores con los buques conquistados río arriba llevando el buque almirante al Lippe hasta la torre donde habitaba Veleda la profetisa para presentárselo como parte del botín.

Con los buques conquistados en esta y otras ocasiones, amén de un grandísimo número de barcos para 30 ó 40 hombres, determinó Civilis dar á los romanos una batalla naval en el Rhin, donde desemboca el brazo del Mosa en el mar, en parte para satisfacer su vanidad, pero principalmente para poder capturar las remesas de provisiones que viniendo de la Galia entraban y subían por el río hasta donde acampaban las tropas.

A este fin tripuló las galeras de una y de dos hileras de remeros, así como las lanchas. Esta escuadra fluvial iba aparejada como los buques menores costaneros de los romanos que llamaban liburnas ó libúrnicas. Las velas que habian desaparecido en el saqueo fueron reemplazadas por los germanos con sus mantas de colores.

Al saber Cerial que los bárbaros acechaban los buques que llevaban provisiones, impulsado mas por la curiosidad que por el cuidado, bajó con su escuadrilla río abajo, confiando en la ignorancia y torpeza de los germanos para las maniobras navales, y en la gran práctica de sus pilotos romanos y remeros que suplirían con ventaja el reducido número de sus buques. Mas no hubo batalla, porque al ser llevados los romanos por la corriente río abajo impulsó el viento á los germanos río arriba, que sin querer ó sin poder parar sus buques pasaron por el costado de los romanos cambiando solo algunos proyectiles. Cerial no los persiguió, pero devastó el país de los bátavos, exceptuando según la costumbre astuta de guerra, las posesiones de Civilis á fin de hacer nacer entre los suyos la sospecha de que era traidor y estaba en secreta connivencia con los romanos.

No llevó sin embargo sus armas mas allá, porque los frecuentes aguaceros de otoño imposibilitaban todo ataque por el río, á la sazón á su mayor altura; y tan grande fué la crecida, que la isla bátava, tan llena, ocupada entonces por los romanos, parecia un estanque que amenazaba llevarse el campamento. A estas contrariedades añadíase que la escuadrilla con las provisiones no parecia.

Rudo guerrero como era Cerial no dejó por esto de emplear las artimañas diplomáticas, usadas ya con tanto éxito por Tiberio; porque mientras se abstenía de devastar las propiedades de Civilis, ofreció á éste por mensajeros secretos el perdón si abandonaba la guerra, y por otros agentes prometió al pueblo bátavo la paz si renunciaba á las hostilidades y volvía á la alianza de antes. No contento con esto, entró en correspondencia secreta con la profetisa Veleda y sus allegados para persuadirlos de que no debían confiar ya en la fortuna de los campos de batalla que tan contraria se les habia mostrado, sino que debían aprovechar la ocasión de hacer méritos con Roma y de profetizar á los suyos derrotas en caso de que se empeñasen en continuar la guerra. Deciales que los treverios estaban aniquilados, que los ubios se habian vuelto á someter, que el país de los bátavos estaba ocupado por el ejército romano y sus habitantes expulsados; que los parciales de Civilis no habian sacado de tanta guerra mas que heridas, una vida fugitiva y de luto, mientras su jefe llevaba la misma vida errante y era una pesada carga para los que le recibían; que bastante habian infringido los germanos del otro lado del Rhin el pacto de

no pasar el río; y que á continuar mas tiempo estas infracciones, serian ellos los culpables, y Roma tendria en su favor la justicia, los dioses y el derecho de venganza. Por supuesto estas amenazas iban acompañadas de sus correspondientes promesas, y ambos medios produjeron el resultado que el general deseaba.

El espíritu y brio belicoso de los germanos se iban enfriando; y entre los bátavos con sus antiguas divisiones interiores, empezaba á alzar la voz un partido muy fuerte en favor de la paz y contra Civilis. De este partido de la paz eran también los pobres del pueblo que decían que bastaba ya de ruina; que un pueblo solo no podía pensar en sacudir el yugo de Roma que pesaba sobre toda la redondez de la tierra. ¿Qué se habia ganado con el exterminio á fuego y sangre de las legiones, sino que viniesen tras ellas otras nuevas mas fuertes y mas numerosas? ¿No habian dicho al levantarse contra Roma que peleaban por Vespasiano? Pues bien, ya gobernaba Vespasiano; debía, pues, reconocerse por soberano y hacerse la paz. Para desafiar al imperio universal no significaba nada la exigua fracción que se llamaba pueblo bátavo; además mientras los retios, nóricos y otros pueblos convenidos con Roma, soportaban abrumadoras cargas, Roma se contentaba respecto de los bátavos con tener á sus héroes en sus ejércitos; servidumbre verdaderamente muy próxima á la libertad; y por último, supuesto que tenían el derecho de elegir entre dos amos, era preferible y mas glorioso decidirse por el emperador de Roma, que por mujeres germánicas. La última expresión aludía á Veleda y demás profetisas, que si no es una añadidura gratuita y retórica de Tácito, prueba cuán romanizado estaba ya el pueblo bátavo, ó bien que le separaban de los germanos tradiciones muy diferentes.

Los nobles bátavos se excusaban también atribuyendo toda la culpa á Civilis, que según ellos se habia propuesto acabar con las disensiones y rivalidades en su tribu por medio de un gran levantamiento contra un enemigo exterior y comun, pero que solo habia logrado la ruina de su pueblo. Añadían que cabalmente con los resultados que creían mas brillantes, como el cerco de las legiones, el degüello de los legados, resultados obtenidos al principio de esta guerra, necesaria solo para Civilis, y fatalísima para el pueblo, habian irritado á los dioses; y que el pueblo estaba perdido si no volvía en sí y mostraba su arrepentimiento dando muerte á los culpables. No de otro modo pasaron las cosas cuando la muerte de Arminio: siempre dieron los germanos el mismo espectáculo: primero los hombres libres divididos en antiguos bandos; después el cansancio de una parte del pueblo, víctima de sangrientas luchas; luego los artificios de Roma que atizan la discordia y aumentan su fermentación, y por último la muerte de los héroes.

Por lo demás Civilis no esperaba otra cosa, y es natural que procurase evitar la suerte de Arminio. Abandonado por los germanos bravos y por su propio pueblo, no podía seguir la guerra; y después de todo, dice Tácito, queria salvar su vida; deseo que frecuentemente ha hecho ceder á la necesidad á hombres muy altivos. Pidió pues á Cerial una entrevista, y se destinó para efectuarla el puente de Nabalía (1) que se cortó por medio, á fin de que los dos interlocutores no pudiesen tocarse. En esta entrevista Civilis se presentó como partidario de Vespasiano, por el cual dijo haberlo hecho todo, y añadió que hasta habia detenido á los suyos cuando podían haber exterminado las legiones últimamente en la isla inundada.

(1) Según Cluverius el Issel, según Veith el nuevo Waal cerca de Nimega.

En este punto acaba lo que se ha conservado de las relaciones de Tácito; el resto de sus historias se ha perdido; y nada sabríamos de los sucesos ulteriores y de la suerte de Civilis si el mismo autor no dijese en otra parte de sus obras conservadas, que luego se sometieron los bátavos y probablemente también Civilis; porque si hubiese muerto entonces ó figurado en el triunfo, lo habría también mencionado; de suerte que bien podría ser que los romanos hubiesen aparentado creer en sus excusas. Los bátavos se conservaron desde aquella fecha fieles á Roma que los trató con mas atención que á otros pueblos aliados, y se sirvió de su país como base de operaciones contra la Bretaña todo el tiempo que duró su dominio en esta isla.

Los neerlandeses no han olvidado á Claudio Civilis, su primer caudillo libertador, á quien comparan no sin razon con Guillermo de Orange.

Veleda con la cual habia estado Roma en tratos amistosos murió probablemente en el imperio donde se sabe estaba prisionera, conforme se desprende claramente de las palabras de Estacio que dice: *Rhenumque rebellem captivaeque preces Velledae*. Además de Estacio y de Tácito (que dice *vidimus Velledam*) la conoció también Dion Casio.

Bajo el reinado de Vespasiano se elevaron á la categoría de colonia romana Aventico, Pia Flavia, Constans Emerita Helvetiorum en Suiza, y Siscia en Panonia; á la de municipios Sirmio, hoy Mitrovic, Scarabantia, Noviodunum, hoy Dernovo cerca de Gurkfeld á orillas del Save, la aldea de os latovicos cerca de Laibach, y Flavia Solva cerca de Lisebnitz.

Insuficientes y fragmentarias son las noticias que tenemos sobre las guerras con los germanos bajo el reinado de Domiciano (desde el año 81 hasta 96). En el año 70/71 habia ido á la Galia cuando la sublevación bátava, mas no habia pasado de Lion. Estacio dice que fué él quien acabó con las guerras en el Rhin, y Silio Itálico dice que cuando adolescente se hizo ya temible á los rubios bátavos (*jam puer auricomo praeformidate Batavo*).

Cuando el emperador emprendió en 83 ó 85 una expedición de sorpresa al territorio de los catos, sin que hubiese precedido ningun acto provocativo de la parte de estos, y solo para tener motivo de celebrar una entrada triunfal que también acabó en una pura farsa figurando en ella los prisioneros germánicos esclavos comprados, vestidos y ataviados al efecto. Los poetas de aquel tiempo, Silio Itálico y Estacio, cantaron esta solemnidad en verso, pero todo esto no engañó á nadie conforme el mismo emperador sabia muy bien. Parece, sin embargo, que se habia celebrado un convenio con los catos, y Marcial (VII, 7) dice que fué menester pasar tres veces el Rhin para castigar á los bárbaros; solo que presenta como vencidos á getas, que son dacios, odrisos y sármatas, que vivían al otro lado del Danubio en la Panonia y en la isla de Peuce en la embocadura del mismo rio.

De todos modos quiso el emperador, que desde el año 81 se habia concedido el sobrenombre de Germanico, y que le fué quizás confirmado con motivo del triunfo, dar este nombre para eterna memoria suya al mes de setiembre.

Poco mas ó menos por aquel tiempo fué expulsado Cariomero, rey de los cheruscos, de su país por los catos á causa de su amistad con Roma, pero con el auxilio de algunos aliados pudo regresar á él y volver al trono. Estos mismos aliados le abandonaron luego y hubo de acudir á Roma y solicitar humildemente su auxilio á cuyo efecto presentó rehenes. El emperador no le socorrió con tropas, pero si con dinero. Y Grimm cree que este Cariomero era hijo del rey cherusco Itálico; mas la historia de ambos es tan idéntica que casi puede suponerse que uno y otro son una misma persona; que Cariomero era solo el nombre germánico de

Itálico y que el historiador pone en tiempo de Domiciano lo que sucedió en el de Tiberio.

Cierto es que desde el año 47 hasta 87 se habia sostenido entre los cheruscos un rey y un partido favorables á Roma é instrumentos de su política, y que esto habia excitado contra ellos el odio de los catos, los afines de los bátavos, que lograron expulsar tan peligroso vecino; solo que Roma habia perdido las ganas de intervenir en aquellas regiones con sus ejércitos, limitándose á socorrer á sus parciales con dinero á fin de alimentar y conservar las discordias interiores de los bárbaros, como hacia también, segun dice Tácito, con sus otros protegidos los reyes de los marcomanos y cuados.

El hecho citado patentiza que el pueblo cherusco habia decaído mucho y que su pujanza anterior habia desaparecido, cosa que Tácito atribuye en su obra sobre la Germania, escrita en el año 99 de nuestra era, á un período de paz demasiado largo. Esto no concuerda bien con lo que el mismo autor y Dion Casio refieren de luchas interiores y de la intervención armada de los longobardos y catos. Si hubo pues un período de paz, solo pudo ser despues de la expulsión de Cariomero en 81, y cuando Tácito escribió su obra habria durado 18 años; cosa poco admisible; de suerte que mas bien nos podremos explicar la ruina de los cheruscos por las excesivas luchas con sus vecinos que por una paz desmoralizadora. Muy insignificante debia ser este pueblo cuando aquel historiador le equipara con el diminuto pueblo de los fosos establecido quizá á orillas del riachuelo llamado hoy Fuse.

Tuvo que ver también Domiciano con un rey de los senones llamado Masios, y una profetisa Gana, sucesora de Veleda. Estos dos personajes hicieron un viaje para presentarse al emperador, que probablemente estaria en Roma, y los recibió muy bien, volviéndose ambos despues á su país, bien que el texto no dice si hicieron el viaje juntos ó cada uno por su lado. Si lo primero, podria suponerse que la profetisa era hija del mismo pueblo de los senones, y como Domiciano tenia grandísima fe en profecías, es fácil que hubiese invitado á Gana á ir á verle, asegurándole una honrosa recepción. Su pueblo, los senones, eran vecinos de los cheruscos por el lado de Oriente, y quizá estaban interesados en sus contiendas.

Mientras esto sucedia en el Norte y en el interior de la Germania, empezaron á moverse los germanos y otros pueblos bárbaros establecidos en la cuenca y embocadura del Danubio, lo cual obligó á los romanos á dirigir su atención alternativa ó simultáneamente á ambas fronteras, al Rhin y al Danubio.

Quizás estaban interesados también los senones en las guerras de los suevos, á cuya raza pertenecían, contra los yazigios, en cuya ocasion Domiciano les mandó, á su solicitud, el ridículo socorro de cien jinetes, como pura muestra de deferencia; pero habiendo hecho las paces aquellos dos pueblos concertaron juntos una invasión en territorio romano al otro lado del Danubio. Los suevos mas próximos á los yazigios eran los cuados, casi siempre aliados con ellos y á veces sus señores. Por algunas expresiones vagas de Tácito puede inferirse, aunque no con seguridad, que también se perdieron ejércitos romanos en la Mesia, Dacia y Panonia.

Para someter á Decébal, poderoso rey de los dacios, era menester dominar primero á los marcomanos y cuados, á fin



Moneda de cobre de Domiciano

de evitar su ataque al ala izquierda romana, ó sea al Oeste, pero esta obra preparatoria salió tan mal á Domiciano, que quedó completamente derrotado en el año 89, y renunció á toda la empresa, concediendo una paz ventajosa al rey dacio, prometiendo pagarle en lo sucesivo subsidios anuales; lo que no quitó que los poetas Estacio y Marcial supiesen hacer brotar de estas derrotas laureles para su emperador.

Cuán poco escarmentados estaban los germanos del otro lado del Rhin y cuán dispuestos á pasar de nuevo el rio, lo demuestra el hecho de que apenas se hubo sublevado Lucio Antonio, lugarteniente del emperador en la Germania Alta en el 93, se le ofrecieron los germanos por auxiliares, y solo el súbito deshielo del rio impidió que lo pasaran. Este debió de ser el motivo que obligó al emperador á atravesar dos veces el Rhin, segun canta su apologista Estacio. El rebelde fué vencido en la primera expedición; y por lo que toca á la segunda, no llegó el emperador á ver el Rhin, ni se vertió una sola gota de sangre germánica. Al citado deshielo ocurrido tan á propósito alude probablemente Marcial en una



Un carro germánico tirado por bueyes, sacado de la columna de Trajano.

de sus poesías (X, 7) cuando desea que el Rhin goce siempre de su líquida corriente y que jamás oiga chirriar sobre su helada superficie las carretas groseras de los indignos y bárbaros boyeros (quiere decir los germanos).

Supónese que en el reinado de Domiciano se tomaron las primeras disposiciones para crear las líneas defensivas de las fronteras, aprovechando las obras que Druso y Tiberio habian construido para el ataque. Estos cordones de obras defensivas se concluyeron en tiempo de los emperadores posteriores.

A pesar de haber sido aclamado Domiciano cinco veces *imperator* y de haber figurado como vencedor de la Germania en monedas acuñadas con este objeto, no fueron notables los resultados obtenidos en su guerra contra los catos, ni se restableció la tranquilidad en las fronteras del lado de la Dacia. En este país hizo una campaña afortunada su sucesor Nerva contra los marcomanos, con cuyo motivo adoptó el sobrenombre de Germánico y mandó acuñar en 98 una moneda conmemorativa. Cuando á fines de octubre del año anterior se celebró la ceremonia de colgar en el templo de Júpiter Capitolino la corona de laurel que recibió el emperador de sus admiradores de Panonia, adoptó por hijo al distinguidísimo lugarteniente imperial de la Germania Baja romana y desde el año 94 general legado de la Alta, Marco Ulpio Trajano, y le dió el título y nombre de César Germánico.

Gobernó Nerva solo desde el año 96 hasta el 27 de enero de 98, día de su muerte.

Trajano, que á la sazón se hallaba en Colonia, recibió la noticia por su primo Adriano, general de la legion vigésima segunda acantonada en la Germania Alta bajo las órdenes del general en jefe Lucio Julio Urso Serviano, que era su cuñado.

Aunque Roma habia abandonado sus planes de conquista de la Germania por medio de las armas, no dejó de fomentar con el oro y por otros medios los partidos favorables al imperio en los pueblos mas importantes, apoyando naturalmente sobre todo á los jefes ó reyes amigos. Con esta política contribuyó mucho á la creación de las primeras monarquías, aunque no de todas, en los pueblos bárbaros, como lo prueban los ejemplos de Marobodo y Catwala, Vanio y Sido, Itálico el marcomano, Itálico el cherusco y Cariomero.

De este modo habia logrado, cuando no entronizar, por lo menos ganar para su causa á un rey de los brúcteros, pueblo que tanto se distinguió con las armas y con su profetisa Veleda en la sublevación de los bátavos. Este rey fué expulsado de su país: pero Vestricio Espurina (probablemente gobernador de la Alta Germania) le restauró con las armas sin que se sepa si este suceso ocurrió en tiempo de Nerva ó de Trajano, y sin que el pueblo excesivamente salvaje, dice el autor latino, se opusiera, atemorizado por las fuerzas imponentes romanas desplegadas en esta ocasion. Fácil es que este rey fuese pariente de Veleda y que la retirada de esta al territorio de Roma tuviera por causa el destronamiento de su pariente por el partido popular á consecuencia de su amistad con Roma y su posterior restauración. Trajano concedió al general vencedor una estatua triunfal.

De un pasaje de Tácito, célebre porque en él expresa su presentimiento del fin del imperio, resulta que los odios mutuos de los pueblos bárbaros, fomentados por la política de Roma, habian conducido al exterminio casi total de los brúcteros, salvo una pequeña fracción que emigró y se fundió despues en el grupo de los francos. Dice así el historiador: «Al lado de los teúcteros vivían antes (es decir todavía en el año 95) los brúcteros, cuyo territorio se dice ocupaban ahora los chamaves (jamaves) y angrivaros. Levantóse contra ellos el odio de los pueblos limitrofes, ya fuese por la pretenciosa insolencia de los brúcteros, ya por el afán de pillaje, ya en fin por un favor especial de los dioses para con nosotros, á fin de recrear nuestra vista con el exterminio de 60.000 brúcteros, no por nuestras armas ni proyectiles, sino lo que es mas precioso, por las de sus afines. Yo suplico á los dioses que hagan durar en estos bárbaros el odio entre sus diferentes tribus. Ya que no pueden inspirarles amor hácia Roma y ya que de lejos vemos venir el destino fatal de nuestro imperio (*urgentibus jam imperii fatis*), que á lo menos nos conserven la mayor fortuna posible que es la discordia de nuestros enemigos»: pensamiento puramente romano en su terrible é ingenioso egoísmo.

Trajano tomó en sus manos las riendas del imperio en Colonia á últimos de enero del año 98 y gobernó hasta el año 117. No se apresuró á ir á Roma, sino que prefirió concluir su empresa favorita: la de asegurar la frontera del Rhin, empresa en la cual trabajaba ya desde mucho tiempo antes. En la línea defensiva entraban, además de las dos provincias germánicas, Alta y Baja, el país del Diezmo, y la extension y fortificación de las obras empezadas por Domiciano al Sudeste del Alto Rhin. Ensanchó y perfeccionó las fortificaciones de la antiquísima población celta llamada primeramente *Lupodunum*, despues *Ulpia Civitas* y hoy Ladenburg á orillas del Neckar. Despues estableció destacamentos de las dos legiones *Prima adjutrix* y *Undécima* ó